

Marceline Loridan-Ivens

en colaboración con Judith Perrignon

Y TÚ NO REGRESASTE

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Et tu n'es pas revenu*

Fotografía de la cubierta: © Family archives / All rights reserved

Copyright © Éditions Grasset & Fasquelle, 2015
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-711-7
Depósito legal: B-18.405-2015

1ª edición, septiembre de 2015
2ª edición (1ª en Argentina), noviembre de 2015
Printed in Argentina

Impresión: Arcángel Maggio-División Libros
Lafayette, 1695, Barracas

Y TÚ NO
REGRESASTE

A pesar de lo que nos sucedió, yo he sido una persona alegre; tú lo sabes. Alegre a nuestra manera, para vengarme de estar triste riéndome de todos modos. A la gente le gusta eso de mí. Pero estoy cambiando. No se trata de amargura, no estoy amargada. Es como si ya no estuviera aquí. Escucho la radio, las informaciones, sé lo que pasa y con frecuencia me da miedo. Éste ya no es mi lugar. Puede que sea la aceptación de la desaparición o la falta de deseo. Me voy deteniendo.

Y entonces pienso en ti. Vuelvo a ver la nota que me hiciste llegar en aquel lugar, un pedazo de papel borroso y más bien rectangular, desgarrado por uno de los lados. Veo tu letra inclinada hacia la derecha, y cuatro o cinco frases que no recuerdo. Estoy segura de una línea, la primera: «Mi querida niña». También de la última, tu firma: «Shloïme.» Entre las dos, no sé. Busco, pero

no me acuerdo. Busco, pero es como un agujero y no quiero caer en él. Así que me repliego tras otras preguntas. ¿De dónde sacaste aquel papel y aquel lápiz? ¿Qué le prometiste al hombre que trajo tu mensaje? Eso puede parecer hoy algo sin importancia, pero aquella hoja plegada en cuatro, tu letra, los pasos que llevaron al hombre de ti a mí probaban entonces que todavía existíamos. ¿Por qué no logro recordarlas? De ellas sólo me quedan Shloïme y su querida niña. Fueron deportados juntos. Tú a Auschwitz, yo a Birkenau.

Los historiadores los han unido con un simple guión: Auschwitz-Birkenau. Algunos se limitan a decir Auschwitz, el mayor campo de exterminio del Tercer Reich. El tiempo borra lo que nos separaba, lo deforma todo. Auschwitz estaba pegado a una pequeña ciudad, Birkenau estaba en la campiña. Había que salir por la gran puerta, en algún comando de trabajo, para divisar el otro campo. Los hombres de Auschwitz miraban hacia nosotras diciéndose «ahí es donde han desaparecido nuestras mujeres, nuestras hermanas, nuestras hijas, ahí, donde terminaremos en las cámaras de gas». Y yo miraba hacia ti y me preguntaba: «¿Eso es el campo o es la ciudad? ¿Lo han gaseado? ¿Todavía está vivo?» Entre nosotros había terrenos, barracones, torretas de vigilancia,

alambradas, crematorios y, por encima de todo ello, la insoportable incertidumbre sobre lo que le ocurría al otro. Parecían miles de kilómetros. Apenas eran tres, cuentan los libros.

No eran muchos los detenidos que podían circular de uno a otro. Él era electricista, reponía las escasas bombillas de nuestros oscuros barracones. Apareció al anochecer. Tal vez fue un domingo por la tarde. En cualquier caso, yo estaba allí cuando él pasó, oí mi apellido, «¡Rozenberg!». Entró y preguntó por Marcelline. «Soy yo», le respondí. Me tendió el papel mientras decía: «Es una nota de tu padre.»

Sólo disponíamos de unos pocos segundos, nos podían matar por aquella simple comunicación. Y yo no tenía nada para responderte, ni papel, ni lápiz, los objetos habían desaparecido de nuestras vidas, formaban montañas en los hangares donde trabajábamos, porque los objetos pertenecían a los muertos y nosotros éramos esclavos, no teníamos más que una cuchara que llevábamos guardada en una costura, en un bolsillo o sujeta con los tirantes, y, alrededor de la cintura, un pedazo de tela arrancada a nuestra propia ropa o una cuerda encontrada en el suelo, para encajar en ella nuestra escudilla. Así que saqué la moneda de oro que había escamoteado

durante la clasificación de la ropa. La había encontrado dentro de un dobladillo, disimulada como tesoro de pobre, y la había envuelto en un pequeño pedazo de tela; no sabía qué hacer con ella, dónde esconderla, ni cómo cambiarla en el mercado negro del campo. Se la entregué al electricista, quería que te la diera, pero temía que se la quedara. Todo el mundo robaba en el campo, en los barracones se escuchaba siempre gritar «¡Me han robado el pan!», por eso farfullé, en la mezcla de yidis y alemán que había aprendido en el campo, que si pensaba quedársela te diera al menos la mitad de lo que sacara. ¿La recibiste? Nunca lo sabré. Leí de inmediato tu nota, estoy segura de eso. No se la enseñé a nadie, pero dije a quienes me rodeaban: «Mi padre me ha escrito.»

Otras palabras tuyas me obsesionaban entonces. Lo recubrían todo. Las habías pronunciado en Drancy, cuando aún no sabíamos adónde íbamos. Como los demás, repetíamos «Vamos a Pitchipoï»; esa palabra yidis que designa un destino desconocido y suena tan agradable a los oídos de los niños, que la repetían para hablar de los trenes que partían, «Van a Pitchipoï», decían, pronunciando bien para tranquilizarse con aquello que los adultos les habían susurrado. Pero yo ya no era una niña. Era mayor, como suele decir-

se. Había cambiado la decoración de mi cuarto en la mansión, había interrumpido mis sueños, prescindido de mis juguetes, pintado la cruz de Lorena en la pared y colgado encima de mi buró azul celeste los retratos de los generales de la Primera Guerra, Hoche, Foch y Joffre, que el anterior propietario había dejado abandonados en el granero. ¿Recuerdas que la directora de la escuela de Orange te convocó? Había encontrado mi diario íntimo lleno de sombríos rumores y de reproches contra la supervisora general y contra ciertos profesores, pero sobre todo era incendiariamente gaullista. «Van a someter a su hija a un consejo de disciplina, más le valdría sacarla de la escuela», te dijo para protegernos. Te había entregado mi diario. Probablemente tú lo leíste y ahí descubriste que yo estaba enamorada de un muchacho con quien me encontraba en el autobús que nos devolvía a Bollène después de las clases; cada semana le daba mis tiquets de pan y a cambio él me hacía los deberes de mates. No era judío. Dejaste de hablarme durante dos meses. Había llegado el momento de que nos peleáramos, como corresponde entre un padre y su hija de quince años.

Así que, en Drancy, tú sabías bien que no se me escapaba en absoluto el aire grave que teníais

los hombres, reunidos en el patio, ligados por un murmullo, por el mismo presentimiento respecto de los trenes que partían hacia las lejanas regiones del Este de las que habíais huido. Yo te dije: «Trabajaremos en ese lugar y volveremos a encontrarnos el domingo.» Tú me respondiste: «Tú sí volverás porque eres joven, pero yo no regresaré.» Esa profecía la llevo grabada dentro de mí tan violenta y definitivamente como el número de serie 78750 que grabaron sobre mi brazo izquierdo, algunas semanas más tarde.

Muy a mi pesar, tu profecía se convirtió en una temible compañera. En ocasiones me aferraba a ella, adoraba sus primeras palabras cuando, una tras otra, desaparecían mis amigas y también aquellas que no lo eran. Otras veces la rechazaba, detestaba aquel «pero yo no regresaré» que te condenaba, que nos separaba y parecía ofrecer tu vida a cambio de la mía. Yo todavía estaba viva, ¿y tú?

Hubo aquel día en el que nos cruzamos. Mi comando había sido enviado a picar piedra, a remolcar vagonetas y a cavar zanjas a lo largo de la nueva carretera que llevaba al crematorio número 5; marchábamos como siempre en fila de a cinco, de regreso al campo, eran más o menos las seis de la tarde. ¿Sabes que ese momento, que

sólo nos pertenece a nosotros, figura en los recuerdos y en los libros de todos los que sobrevivieron? Porque en los campos de la muerte a escala industrial se disparaba toda clase de fantasías sobre reencuentros, y los cuerpos de todos aquellos que todavía se mantenían en pie se estremecieron cuando nos vimos y salimos de nuestras filas y corrimos el uno hacia el otro. Yo me arrojé a tus brazos, me arrojé con todo mi ser, tu profecía era falsa, estabas vivo. Podían haberte declarado inútil al llegar, tenías poco más de cuarenta años, una mala hernia en la ingle que te obligaba a llevar cinturón y una larga cicatriz en el pulgar, herencia de una herida que te hiciste en la fábrica, pero todavía estabas lo bastante fuerte para ser su esclavo, como yo. Tu papel era el de vivir, no el de morir, ¡me sentía tan feliz de verte! Habíamos recuperado nuestros sentidos, el tacto, el cuerpo querido; aquel instante nos costaría caro, pero interrumpió durante algunos preciosos segundos el implacable guión escrito para todos nosotros. Un SS me golpeó, me trató de puta, porque las mujeres no debían comunicarse con los hombres. «¡Es mi hija!», gritabas tú, sosteniéndome todavía. Shloïme y su querida niña. Los dos estábamos vivos. Tu razonamiento no se sostenía, allí la edad no significaba nada, no exis-

tía ninguna lógica en el campo, sólo contaba la obsesión de ellos por los números, se moría de inmediato o un poco después, no había escapatoria. Yo tuve el tiempo justo de decirte el número de mi barracón: «Estoy en el 27B.»

Me desmayé debido a los golpes, y cuando recobré el sentido ya no estabas allí, pero tenía en mi mano un tomate y una cebolla que me habías pasado con disimulo, seguramente tu almuerzo; los escondí enseguida. ¿Cómo era posible? Un tomate y una cebolla. Aquellas dos hortalizas, escondidas junto a mi cuerpo, restablecían todo, yo era de nuevo la niña y tú el padre, el protector, quien traía la comida, la sombra de aquel empresario que hacía prendas de punto en su fábrica de Nancy, la sombra de aquel hombre un poco loco que compró para nosotros un pequeño palacio en el sur, en Bollène, y un día me llevó allí con aire misterioso, en una carreta tirada por un caballo, tan contento con su sorpresa, y me preguntó: «¿Qué es lo que más deseas en el mundo, Marceline?»

Al día siguiente nuestros comandos se volvieron a cruzar. Pero nosotros no nos atrevimos a movernos. Yo te vi de lejos. Tú estabas ahí, tan cerca de mí, flaco y como flotando dentro de tu traje de rayas, pero aún eras un mago, el hombre